

ABUNDAN cada vez menos, por suerte, los acérrimos enemigos de la llamada revolución femenina: me refiero, claro está, en su sentido más puntual y único, como la estricta incorporación de la mujer al trabajo asalariado y algún que otro derecho más. Estos príncipes de la desigualdad han resultado siempre, sin embargo, claros y explícitos, rotundos y descaradamente sexistas. Apenas hay ambigüedad en sus planteamientos y el movimiento feminista de cualquier país ha tenido en ellos o sus instituciones el blanco de ataque más fácil y certero. Pero ha surgido recientemente una remodelación social y psicológica del papel de la mujer, mucho más sofisticada y astuta, y que viene enarbolada por cierto liberalismo condescendiente, paternalista e ideológicamente mucho más peligroso. Julián Marías, con su libro "La mujer en el siglo XX" (1), viene a representar en esencia esta última tipología.

El punto fundamental de la cuestión estriba en que el autor quiere investigar —y parece que llega a conclusiones definitivas al respecto— sobre la esencia femenina y los graves e irreparables daños que el feminismo está causando al lógico y perfecto desenvolvimiento de los roles sexuales y su tradición histórica. Pero no hay ataque frontal, tan sólo balbuceos o amenazas sobrentendidas que pueden hacernos temer lo peor para todos en un futuro próximo.

Escribe Marías —después de un análisis histórico del papel de la mujer como portadora de creencias, antorcha del mundo, etcétera.— acerca de los peligros que acechan a la nueva mujer, ese liberado sexo de nuestro siglo y la pérdida de identidad que le ha supuesto el avance de la llamada revolución feminista. (Resulta curioso oír hablar de pérdida de identidad de un ser que simplemente ha carecido de ella, pero esto es otra cuestión.) "Imagínese la perplejidad —nos dice el autor— que supone para el hombre haberse las con la mujer cuando ésta no está en claro respecto a sí misma, es decir, cuando ella empieza por preguntarse qué es eso de ser mujer".

Pero, ante esto, ¿cabría hacerse una importante pregunta: ¿A quién está desestabilizando más esta crisis femenina? ¿Al hombre? ¿A la mujer? ¿A ambos? Lo que sí resulta claro para el autor es el hecho de que la nivelación resulta imposible. Ello no quiere decir que la mujer tenga que abandonar el trabajo asalariado o renunciar a una formación universitaria o a los derechos adquiridos en los últimos años, pero existe ese peligro llamado igualdad, que debilita y simplificará sin duda los potenciales humanos de los dos sexos: "La nivelación es lo contrario de una liberación, es un aplastamiento, una violencia". En este tema tropieza Julián Marías con uno de los grandes tópicos que han caracterizado a muchos hombres en su propia interpretación del feminismo. No creo haber oído expresar en boca de ninguna feminista el deseo de querer ser igual al hombre, es más, el gran descubrimiento de muchas mujeres coincidentes en los últimos años ha sido poder comprobar que se reconocían a sí mismas como mujeres, por primera vez, sin necesidad de

responder a los "standards" comúnmente aceptados.

Esta interpretación de lo que el feminismo persigue resulta en este libro, algunas veces, ciertamente maniqueísta. En un alarde de ingeniosidad freudiana —doctrina que ataca de manera despiadada y, a mi juicio, superficial—, Marías asegura, por ejemplo: "Aquellas mujeres que son muy feministas, muy activas, muy imperiosas, oficialmente seguras de sí mismas, tienen una inseguridad pavorosa". Tampoco entiende —cuesta creer que le resulte tan difícil— el hecho de que las mujeres se empeñen en trabajar fuera del hogar, cuando el trabajo para el autor resulta "doblemente enajenante en el caso de las mujeres".

ESO LLAMADO ESENCIA FEMENINA

YMELDA NAVAJO

Acusa también Marías al feminismo de interpretar arbitrariamente (?) el papel de la mujer a través de la Historia y permitirse juzgar con los patrones ideológicos actuales el nivel de opresión que pudieron sufrir las mujeres de una época determinada. "Que las mujeres del siglo XIX —dice el autor— encontraran tan horrible lo que les pasaba, esto habría que averiguarlo. Cada época es válida en sí misma, tiene su lógica interna". Nosotros ahora podríamos preguntarle: ¿Qué lógica interna tendría, por ejemplo, el apedreamiento de una adúltera en la Edad Media? ¿O la obligación de una hija de casarse con el marido que el padre le impusiera? ¿O la negación absoluta del placer sexual para la mujer?

Para Julián Marías, el feminismo pretende algo realmente imposible: "El que la mujer está dejando de vivir primariamente de creencias y está intentando vivir de ideas". Destaca repetidas veces el autor la trascendentalidad de la misión encomendada a la mujer, receptora de creencias, educadora universal. Sin creencias, la mujer pierde su esencia, se transforma en un híbrido. Pero el autor aún va más allá. "La Historia tiene su coherencia —nos dice— porque la mujer durante varios milenios ha restablecido la normalidad". ¿Qué pasaría ahora —nos diría el feminismo— si la mujer se negara para siempre a normalizar por sistema las anormalidades históricas masculinas? ¿Tendría entonces, definitivamente, que normalizarse el hombre?

Bellas y con sabor a mujer

Estamos por tanto, para el autor, ante un proceso de "mutilación complementaria", en que llegados a este punto ya ni las mujeres son mujeres, ni los hombres, hombres:

"Se puede conseguir que las mujeres se comporten y parezcan casi igual que los hombres, y se están haciendo grandes esfuerzos para que así sea; pero ejerciendo una violencia, una presión social que impide la realización de la originalidad femenina". No hay, pues, salvación por este camino. "Si el hombre no está referido a la mujer, no es hombre; y si la mujer no está referida al hombre, no es mujer". No hay más explicaciones.

La preocupación por el tema de la belleza es para Marías un tema de suma importancia. Las mujeres han dejado de preocuparse por su belleza: "La mujer de los últimos años ha estado recibiendo presiones —a veces sumamente imperiosas— para que dimita de su condición de mujer, para que la desdén o se avergüence de ella". En este sentido, admitamos que en los años sesenta pudo haber una reacción —no sólo femenina— frente a los esquemas corporales tradicionales. La exaltación del valor personal o espiritual tuvo, a mi juicio, un importante papel, que no vino únicamente determinado por el feminismo, sino por deseos de liberación más amplios. El rechazo del concepto establecido de belleza fue en su momento, quién lo duda, una aportación revolucionaria importante. Pero de ahí a afirmar que "es asombroso el número de mujeres que no saben a mujeres, fenómeno tan frecuente en nuestros días en unos países más y en otros menos, bastante raro, por fortuna para ellos en los latinoamericanos y donde las mujeres suelen aún saber a mujeres" creo que hay una enorme distancia.

Las tácticas generales del libro confieso que a mí me llegan a parecer, por momentos, jesuíticas. Alabanzas permanentes del papel de la mujer, alusiones confusas a lo trascendente e importante de su misión en la Tierra: amar, entregarse, educar. Puntualizaciones, incluso, sobre sus cualidades: "Creo que las mujeres son —es-ta-dis-ti-ca-men-te— un poco más inteligentes que los hombres, pero tienen algo menos de imaginación (las excepciones pueden ser numerosas, por supuesto)"; para luego recoger velas de nuevo y venir a decirnos, poco más o menos, que la verdadera inteligencia se demuestra en la cocina.

El tema del libro, no obstante, no deja de ser atractivo y complejo. A pesar de los permanentes avances y retrocesos de la revolución feminista, el proceso es ya irreversible. Dudo mucho que pueda volver al concepto tradicional de hombre y mujer. Y contra lo que opina Marías, creo que el enriquecimiento mutuo que el feminismo está aportando a ambos sexos no tiene parangón con ningún movimiento social anterior. Por otro lado, las mujeres exigen hoy de las palabras algo más que huecos sonidos como estos: "Confío en que muy pronto la mujer occidental recupere la realidad superior que habla conquistado y vuelva a ser el gran motor de perfección del mundo, tome posesión —posesión efusiva— de la realidad, desde su perspectiva original, desde su condición irrenunciable, única de persona femenina". Lo otro sería dar muchos pasos hacia atrás. ■

(1) Alianza Editorial, Madrid, 1980.